

Naturalizar la educación ambiental para la sustentabilidad local

PÉREZ-LUGO, Ismael

I. Pérez

Universidad Autónoma Chapingo
ismael.perez1772@gmail.com

J. Agüero, B. Torres, (eds.) Educación Ambiental desde la Innovación, la Transdisciplinariedad e Interculturalidad, Tópicos Selectos de Educación Ambiental-©ECORFAN-Veracruz, 2015.

Cultivarse de, y con la naturaleza, es una forma de aprender en respuesta al llamado de educación ambiental, con mayores posibilidades de significación para quienes se mantienen viviendo en el medio rural. Lo otro llenarse de información sobre problemas ambientales como parte de una instrucción externa, que se sostiene en su propia tradición instrumental y medios, cuyo método empieza por comunicar fehacientes declaraciones de emergencia universal, seguidas de conceptos y articulaciones teóricas que exigen compromiso inmediato a todos los oyentes. Esto porque es divulgación donde todo mundo es tasado de responsable, no importa los niveles de participación individual en la generación de dichos problemas.

Así, la educación ambiental formal implica asumir una escuela de acción pensada y preparada metodológicamente para destinatarios neófitos, que son nutridos de un paquete informacional estándar, enriquecido de estadísticas, imágenes de deterioro, causas y consecuencias; pero cargado del mismo ímpetu utilitarista de lo humano hacia la naturaleza, cuyos criterios de racionalidad es, que los recursos naturales alcancen para las futuras generaciones.

En efecto, lo que en este trabajo se quiere mostrar es posibilidad de comprender formas alternativas de percepción y traducción de la idea de ambiente desde lo tradicional campesino e indígena, respecto a la tierra y demás elementos y fenómenos de la naturaleza, de la que el ser humano es parte inseparable, y así reunir elementos de juicio locales que puedan enriquecer un proceso formativo etnógeno a favor de una relación natural compatible.

Por ello, se ponen a consideración las posibles aportaciones de la gente rural, donde hay sabios natos que se desempeñan como: curanderos, sanadores, consejeros, ancianos, autoridades, sabedores y visionarios de la comunidad, quienes procuran el bienestar colectivo en su sentido amplio y bajo el influjo de sus cosmovisiones y experiencias ancestrales, que son afines con las culturas tradicionales de sus pueblos. Considerar que ellos además representan una epistemología natural que no ha sido valorada.

El sentido del conocer y saber entre la ciencia y la tradición

Cada civilización determina sus formas de construcción del saber de acuerdo a sus inclinaciones e interés. Así que, la civilización moderna busca que la construcción de su conocimiento contribuya a un mayor ejercicio de dominio, prevalencia y sujeción sobre instancias de las que se desea controlar su aprovechamiento, entre ellos a la naturaleza.

Por ello también el afán de objetividad de ese saber, legitimado en su carácter científico, y restringido a la producción de conocimientos comprobables y capitalizables en un conjunto de enunciados que denotan o describen objetos. Con ello se busca ser competentes para excluir a otros enunciados y así reafirmar su veracidad frente a la exhibición de la falsedad del contrario. Del mismo modo, la auto-exigencia canónica de poseer una ruta demostrable a través de la cual se ha llegado a la producción de tales conocimientos y la articulación del lenguaje de precisión para comunicarlos (Lyotard, 1991); modalidad del saber que es llamado conocimiento instrumental con atributos de eficiencia, y en sí mismo considerado como un bien que las sociedades subdesarrolladas deben aceptar sin cuestionamientos.

Sin embargo, Lyotard (óp. cit.) manifiesta que el conocimiento científico es solo un subconjunto del saber humano, que está inmerso en una pluralidad de fines de producción y formas de manifestación; y hace referencia a otra forma de saber que es comunicado a través de la narración.

Propio de las culturas consideradas como pre-modernas o tradicionales, cuyo dominio no sólo es para aprender a usufructuar sino para comprender la vida y vivirla en plenitud, justicia, belleza y eficiencia.

Por consiguiente, ese tipo de saber permite el desarrollo de comprensión y destrezas para el hacer, tener, oír y decir, mismos que son comunicables a través del relato, por lo que Lyotard lo denomina: saber narrativo.

El saber narrativo tiene la virtud de no discriminar tajantemente entre lo positivo y negativo, o lo aceptable e inaceptable, sino más bien a realizar en el oyente un proceso valorativo para que asuma las condiciones de lo conveniente o inconveniente; esperando que ese proceso armonice en un buen vivir en comunidad, de modo que dicho conocimiento no es imparcial ni universalizable, sino portador de una identidad explícita.

El carácter pertinente y directo en que el saber narrativo es comunicado ha requerido del uso de formas impersonales como: anécdotas, parábolas, alegorías, refranes, proverbios, versos y fábulas, entre otras, cuyos atributos son comunicar la idea sin herir ni generar contienda. Más bien convocando a través del ejemplo para vivir en apego a la buena tradición, y como estímulo para desarrollar las destrezas necesarias para hacer la vida. Tales enseñanzas, por el vehículo narrativo en el que comparecen animales, plantas o espíritus, entre otros, hacen que sean fácilmente memorizables y se pueden actualizar o adaptar para mejor aplicación.

Por ello, la virtud de los comunicadores entre las sociedades tradicionales es: saber qué decir para poder ser escuchado; saber qué escuchar para poder hablar y, saber qué asunto ir posicionando para centrar sus interpelaciones. Esto es de tal manera, que dicho ámbito del saber se produce con eficiencia, justicia y belleza, y juntos florecen como la verdad del momento más allá de un saber técnico (Lyotard, 1991).

Quiere decir que esta sabiduría de carácter comunitario, busca penetrar en un estado de revelación de totalidad de la naturaleza, como cuando el sabio dice: "...vi más allá de lo que puedo decir y entender más de lo que vi, porque estaba yo mirando de manera sagrada las formas de todas las cosas en el espíritu y la forma de todas las formas como ellas deben de vivir juntas como un ser" (Phil Lane, Jr., Judie Bopp, Lee Brwn, 2003, pág. 7).

El poder de la narrativa como mediación del saber requiere de los actos de habla plenamente comprensibles, elegantes y ecuanímes "donde se ponen en juego las relaciones de la comunidad consigo misma y con el entorno" (Lyotard, 1991, pág. 20), pudiendo ubicarse más allá del conocimiento probado y tácito. Así, nuevas circunstancias del saber que aparecen en el medio rural suelen canalizarse al acto de: vamos a inventar un cuento; aunque para el caso de las recientes manifestaciones de la cuestión ambiental comunitaria, implicada de relaciones de consumo con el medio moderno, aún no se han logrado traducciones a una forma de saber narrativo, faltando mayor experiencia y comprensión para relacionar los efectos adversos de la contaminación, degradación y desequilibrio en la salud de las comunidades de vida.

Formas de relacionar el ambiente desde las perspectivas tradicional y moderna

Cierto es que la problemática ambiental global es compleja, aunque ya hay un camino recorrido por los visionarios y expertos en la materia.

Quienes han tenido la posibilidad de incorporar una currícula de saberes estandarizada para sobrellevar la vida urbana ó para valorar y actuar sobre los “recursos naturales”; sin embargo, cabe resaltar que las formas de canalizar la problemática a estructuras de conocimiento y acción entre la sociedad citadina y rural deberían diferenciarse. Esto, porque mientras en las ciudades se considera que el suelo es sucio, y en consecuencia, han creado un mundo de asepsia para no entrar en contacto con él como parte de su proceso de dignificación; los campesinos no tienen inconveniente en levantar un alimento de la tierra e ingerirlo, con el argumento de que: “al fin que la tierra también nos va a comer a nosotros”; y entonces entre ambos no se comparten significados.

Entonces, mientras en el pensamiento citadino se piensa heroicamente haciendo conservadurismo ambiental y sustentabilidad, al que suele asociarse posibilidades para hacer “negocios verdes”, el campesino apela por el carácter sagrado y no inquisidor de ganancias sobre la tierra. Así mismo, las sociedades urbanas de cierto corte academicista y político-ambiental forman agrupaciones civiles para defensa de la biodiversidad bajo una forma de comprensión en el marco de la vida buena; mientras que en el medio rural e indígena se realizan rituales de agradecimiento y tributo a la madre tierra “dándole de comer” y esperando pacientemente que el tiempo transcurra benigno para la salud y las cosechas.

También, desde el entorno científico-técnico y normativo, se ha creado una autoridad sobre la naturaleza para explotarla, preservarla o administrar racionalmente su aprovechamiento, creyendo que el hombre debe estar siempre armado para enfrentar las vicisitudes del medio ambiente; en tanto que en el medio rural se reconoce y respeta la autoridad de la tierra como un ente vivo que también tiene voluntad y marca los designios del hombre.

Entonces, en un lado se actúa profesionalmente para que el hombre civilizado adquiera una nueva cultura ecológica como parte del amplio acervo en su saber cotidiano; mientras que para los pueblos indígenas no hay más que una sola cultura indivisible, surgida sobre la experiencia de una larga relación con la tierra donde hay que promover la tradición.

Cómo se aprende y comunica el sentido ambiental moderno

El conocimiento ambiental moderno es una derivación del proceso estandarizado de producción científica impregnada de tradición utilitaria, donde no ha sido desmontado el sistema de pensamiento “que confiere dignidad a la vida humana a partir de una separación ontológica respecto de la naturaleza” (Cortez, 2011). Por ello, la educación ambiental trae una construcción de contenidos y formas modelada para currícula desde sus diseñadores pedagógicos; pero sus comunicadores -los docentes- relacionan poco “la manera en que han ido construyendo los sentidos y significados sobre la misma” (Terrón, 2008). Esto, considerando que en un sistema de enseñanza también hay “creencias de una sociedad y sus representaciones sobre el mundo” (Ibídem, pág. 62) que buscan ser reproducidas eficazmente.

La creencia predominante es que, los problemas ambientales derivan de los patrones insostenibles de producción y consumo ligados a un concepto convencional de desarrollo, en el marco de una lucha económica mundial empeñada en competir, por lo que de antemano, el deterioro ambiental es inherente e infranqueable a dicho proceso (SEMARNAT, 2006). Sin embargo, ninguna nación plantea detener su crecimiento económico ni reducir sus prácticas de consumo porque paradójicamente iría contra su desarrollo.

Aun así, la opción de educación ambiental moderna es aprender a proteger –tarea difícil-, a mitigar y restaurar los ecosistemas, haciendo sostenibles sus procesos de producción y sustentables sus modos de vida; pero sin explicitar acciones que orienten un cambio de estilo de vida, ni su perspectiva filosófica de relacionamiento con la naturaleza, porque persiste el rol asignado a ésta como proveedora del recurso natural y servicios para el hombre.

En consecuencia, las ciencias ambientales son una línea de producción de conocimiento que están respaldadas por investigaciones científicas altamente especializadas para responder estratégicamente dentro de un medio social y político, en el que prevalece la idea de guerra permanente entre el bien y el mal ambiental con visiones apocalípticas, de las que se pretende construir heroísmos y épica ambientalista bajo la cultura de combate a la externalidad.

De antemano, el problema ambiental ya se ha oficializado a partir de reuniones político-ambientales y cumbres de la tierra, de la que derivan planes y programas nacionales en respuesta a compromisos globales, donde también se articulan diferentes gremios ambientalistas que se ocupan del apartado científico. Así mismo, se han integrado empresas que ofrecen las soluciones técnicas bajo esquemas de competitividad; así como sus respectivas representaciones que hacen intervención política y divulgación.

Con ello, una ideologización ambientalista es formulada y bajada hacia las sociedades rurales y suburbios urbanos, para que tomen conciencia de que el hombre se encuentra solo contra el monstruo del deterioro ambiental que a todos nos alcanza porque está amenazada la continuidad de la especie. Así mismo, los medios de información privilegian la difusión de aquella información científico-técnica ambientalista que no comprometa intereses específicos, y buscando que el oyente tome conciencia de proteger los recursos naturales de interés económico que suministran a la industria; mas no para sensibilizarse sobre la forma en que él mismo está expuesto a perder su salud, o la forma como le cambian las condiciones naturales para el auto-sostenimiento de la vida.

El saber ambiental en controversia

Mientras las pretensiones de conocimiento superior para el manejo ambiental moderno, no dejan de justificar y otorgarse una mayor autoridad administrativa sobre la naturaleza, por el hecho de sentirse amenazados o bajo riesgo, pocos reconocen ser la amenaza en este contexto. Por consiguiente, las acciones de los expertos se orientan a enseñar a manejar; y no se está considerando la posibilidad de que la naturaleza, los “rurales” y/o los indios (antes “los naturales”) tengan enseñanzas al respecto; por el contrario, suelen ser señalados como los causantes de la degradación y deterioro asociado a su ignorancia y pobreza.

Sin embargo, se puede considerar que los campesinos e indígenas han aprendido en la naturaleza por necesidad de gestión garantizada de la vida, misma que han logrado a partir de vivir una relación más estrecha, empática y espiritual con ésta. Por consiguiente, en sus actitudes no pretenden la separación o ruptura para hacer una vida buena y digna como lo es en una plataforma de concreto -la urbe-, generadora de la noción de ciudadanía, en detrimento o desecho de la condición de campiranía. Tampoco hay oídos científico-ambientales para la percepción del saber de quienes están y viven esa estrecha relación (los campesinos) porque de antemano, sutilmente se siguen siendo eslabones de la barbarie.

Por otro lado, se pretende controlar los fenómenos adversos que produce el deterioro ambiental, más el ciudadano común no está dispuesto a sufrir las reacciones curativas de la misma naturaleza; en cambio, se tipifica al fenómeno ambiental como una expresión de ese estado salvaje convertido en “amenaza externa”, como ya se ha mencionado. A final de cuentas, tampoco hay disposición real para producir bienes ecosistémicos, ó a cambiar la rentabilidad económica por la rentabilidad socio-ambiental subsumible en la tierra, porque desde el individualismo no hay disposición a dar, sino que en todo se persigue la utilidad.

Indicios indígenas y campesinos al relato ambiental autóctono

Hay movimientos nacionales, macro-regionales y mundiales de naturaleza social indígena y campesina que desean ilustrar modos de vida en consonancia y respeto con la Madre Tierra, quienes ya tienen una organización epistémica para sustentar sus planteamientos. Sin embargo, el propósito de este apartado es dilucidar hasta qué punto los grupos campesinos e indígenas que no se encuentran explícitamente en estos procesos de lucha, y más bien son objeto de acciones de educación para la sustentabilidad global, desatan sus propios procesos laterales de reflexión y toma de conciencia sobre lo pertinente e impertinente de la acción y realizan adaptaciones benéficas en sus culturas locales. Para ello, se hace referencia a un taller de capacitación en materia de desarrollo sustentable con representaciones comunitarias otomíes, convocado por el antes Instituto Nacional Indigenista (INI) a través de la organización indígena del Fondo Regional de Texcatepec, Ver. (FIRT), en el año de 1998.

Ocurrió que mientras metodológicamente se brindaba información y sensibilización sobre el estado global de los recursos naturales y sus tendencias al deterioro, tanto como el fenómeno de la explosión demográfica y la necesidad de adecuar nuestras prácticas tecnológicas tradicionales y formas de vida hacia un futuro común más duradero, una reacción grupal pareció ser portadora de una forma de disensión.

Esto es, que mientras transcurría el evento, un grupo espontáneo de asistentes que parecían haberse distraído en una plática amena en una sección del auditorio, al ser abordados mostraron estar circulando sus propios dibujos en fragmentos de papel, donde ilustraban animales y ciertos tipos de personas de la comunidad, que por sus formas de conducta y aspecto, “ya eran sustentables”: el gato, porque hace un hoyo para ocultar sus heces; el mapache, porque temprano va al río a lavarse la cara; el cerdo, porque se come lo inmundo de la comunidad y aún así se muestra saludable; el tlacuache, porque junta basura y con ella hace su madriguera; el pobre, porque desea poco y por lo tanto no compra basura, o la recicla hasta que ésta pierde toda utilidad ante sus síntomas de desintegración.

Esta acción parecía fluir en dos sentidos: en primer lugar, que había una apropiación del aprendizaje del taller; pero también cierta interpelación ante la sapiencia de los conceptos, que de antemano etiquetan a todo mundo de culpabilidad ambiental, cuando que en realidad, más allá del entorno humano y de sus prototipos de ciudadano convencional, el mundo está bien hecho y marcha. Esto es, que en las habilidades de otras sociedades marginales a la modernidad puede haber sensibilidad para identificar, reconocer y canalizar a un entendimiento sobre los procesos de la naturaleza conforme los problemas se vayan presentando en su contexto local, mismos que la ciencia ambientalista trata de re posicionar.

Considerar entonces, que ese pensamiento indígena no solo puede interpelar al conocimiento humano para resarcir una problemática general, sino enfocar el entendimiento de su totalidad comunitaria, en la que las plantas, los animales, los ríos y las montañas.

Que también tienen un saber que demanda ser reconocido; y no se trata de nociones perecederas de naturaleza sino de transiciones en las que hay mucho que aceptar, adaptarse, corregir o dejar transcurrir.

A final de cuentas, en el campo también se resiente el cambio climático, las alteraciones en los ciclos de vida y el empobrecimiento de la tierra; pero no para añorar tiempos de bonanza económica sino como preocupación por la reducción de posibilidades de vida en su sentido amplio, porque toda explicación y toma de responsabilidades es canalizada, en primera instancia, dentro de una cosmovisión propia; a menos que la insistencia de la visión moderna de las cosas haga una nueva escalada de colonización en su pensamiento local.

La condición social y humana que se vive en el campo no es la misma que la de la ciudad. Allá se sufren consecuencias de la falta de sustentabilidad de manera directa e inmediata en la pérdida de cosechas y deterioro de la salud. En general, pérdida de capacidad para el auto-sostenimiento; sin embargo en la ciudad los efectos son distintos, como el encarecimiento de los alimentos, pérdida de calidad de los mismos, o contaminación y degradación de su calidad ambiental. Por consiguiente, el problema se internaliza de manera distinta, y la producción de conocimiento para canalizar explicaciones y soluciones tributan a su paradigma.

Hacia una idea compatible de sustentabilidad

Dice Álvaro Hernández Martínez que la sustentabilidad es una buena idea cuando no se asume como un modelo, sino como una expectativa amplia y plural de sostenimiento de la vida en el planeta desde la mirada de la comunidad. Pero para ello, hace falta ennoblecer la política pública para no producir acciones simuladas que sólo tributan a intereses de control de la tierra, el dinero y la empresa, porque allí el ser humano siempre ha querido “explotar”; y al ver que su acción deteriora, le deviene el deseo de controlar el futuro y la vida, y procurar reservas para continuar su bienestar. Entonces, la sustentabilidad está bien, pero depende de quién la dice; y por consiguiente, de quién determina el marco legal de la misma.

Lo ideal es que esas aspiraciones tengan traducibilidad local para canalizar energía creadora desde sus propias cosmovisiones, porque la comunidad articula sus propias razones para organizar sus asuntos y responsabilidades entre hombres, mujeres, niños y ancianos, quienes necesitan participar en la procuración de sus propios resguardos buscando arreglo; pero arreglar no es lo mismo que buscar el cambio, sino hacer un mejor provecho de lo que hay.

Puede llegarse el caso en que el hombre indígena tenga que cambiar, pero tiene que surgir desde su interior, sobre un proceso largo de toma de decisiones; porque cuando algo le es impuesto desde fuera, así sea una buena idea de sustentabilidad, frecuentemente no funciona. Sin embargo, los programas tienen prisa en implementar lo nuevo y no se da tiempo a la apropiación indígena, de donde deviene el fracaso.

En tanto sustentabilidad, desde el mundo tecno-científico moderno se puede transferir al medio rural su intencionalidad pero no exportar sus paquetes de acciones, porque al hacerlo se imponen intenciones unilaterales, mismas que se complican desde sus palabras, hasta tornarse en ideas no realizables. En cambio, dice Álvaro Hernández, que para enseñar en la comunidad las cosas no se dicen, sino que se hacen.

Esto contrasta con la forma intelectual moderna, que encuentra un primer nivel de satisfacción y complacencia en la elaboración de sus conceptos para informar sobre una intención, y allí suelen estancarse creyendo haber alcanzado el objetivo. Luego, hacen que un aprendiz o educando se forme en el conocimiento de esos conceptos, adopte el juego de palabras, las memorice, apruebe y se responsabilice de convertirlas en acciones. Sin embargo, puede que tal aprendiz nunca alcance a entender la articulación del fenómeno y sobre cómo está aconteciendo; y sólo sepa reproducir la técnica, porque además lo tiene que pensar desde un idioma tecno-científico sin una relación intrínseca a nivel simbólico de su cosmovisión, particularmente tratándose de entornos rurales indígenas-campesinos; y entonces puede ocurrir que el educando se enajene en el mundo de los conceptos pero se olvida de la tierra.

Ocurren montajes forzados de educación ambiental ó para la sustentabilidad, por ejemplo en lo relacionado al tratamiento de las excretas humanas, por percepciones distintas entre la ciudad y el campo. Sucede que la ciudad padece de “cacofobia” -dice Álvaro Hernández; mientras que en el medio rural, como la Huasteca, el campesino indígena concibe a las excretas como algo natural, y para ir a defecar, se dice en náhuatl: manionkisati; y el vocablo se descompone en sus fonemas: ma (exhortativo), ni (yo), on (ir y volver pronto), ki (salir) y sati (voy hacia allá), que en otras palabras quiere decir: “voy allá afuera”; pero el vocablo también lleva implícita la prontitud de “voy y vuelvo pronto”, y se indica con un alejarse un poco, porque el fonema sugiere la intención de ir al monte. Entonces, cuando se le pone la señalización multilingüe a los espacios de la Universidad Veracruzana Intercultural –Campus Huasteca (UVI), no había forma de llamarle a los sanitarios, porque ya implican una infraestructura dentro del edificio, y se determina de llamarles en náhuatl Xixcalco.

Mo-xixa, es el acto de defecar, pero calco es la casa, y el montaje tecnológico contradice una idea original de “casa”, que no es solamente un edificio con techo sino un lugar para habitar del ser humano, donde cada espacio interior, tanto como de entradas y salidas, tienen un simbolismo mágico-espiritual cual unidad sagrada. El acto de defecar es originalmente alejarse un poco de esa unidad; y entonces, reproducir la cultura citadina de las “aguas encerradas” (water closed o WC, del inglés) o bien la letrina dentro de las comunidades indígenas, trae contradicciones existenciales.

Lo mismo se ilustra una referencia respecto al uso de sanitarios de las Unidades Médico-Rurales (UMR-IMSS) de la región, cuando una enfermera relata los contratiempos con pacientes indígenas y campesinos durante los primeros años de instalación de esta institución rural, por la década de los 80’s del siglo pasado, porque los pacientes durante su estancia en la clínica solían defecar fuera del excusado ya que en el interior tenía agua limpia que no concebían ensuciarla, sumado a que el mueble era blanco e impecable.

Una de las añoranzas a su identidad rural de un compañero estudiante de agronomía, era que estaba olvidando a percibir su propia “caca” en combinación con el aroma húmedo de su tierra de monte. Más aún, estaba entrando en un mundo de asepsia en el que se estudian y persiguen a supuestos enemigos microscópicos en ese tipo de desechos humanos.

En muchos casos finalmente ocurre la separación del individuo de su vida comunitaria hacia un esquema citadino, donde la adopción de nuevos conceptos de vida provocan un rechazo y dificultad de retorno a su otrora vida rural; y con eso la ciudad tiene la facultad de desarticular la cultura de sus inmigrantes rurales, sumado a la educación institucional que forma en sus contenidos genéricos con esencia urbana.

El asunto es entonces valorar la educación ambiental necesaria para el medio rural e indígena, factible de inducir como procesos constructivos endógenos, sopesando qué elementos de la misma son edificantes y cuáles resultan al final contraproducentes, para así articular una epistemología pertinente hacia sustentabilidades compatibles a cada vertiente cultural, considerando que siempre hay remanentes campesinos arraigados a su esquema rural.

Expectativa de una comunalidad educativa holístico-ambiental

La epistemología es comúnmente entendida como la articulación teórica que explica la producción del conocimiento, en el ámbito selecto de intelectualidad científica; por lo que podría parecer irreverente hablar de una epistemología campesina e indígena para la sustentabilidad local. Sin embargo, en el campo también se aprende a hacer y reconocer caminos y no solo a andarlos. Así que, campesinos e indígenas “conocedores” suelen manejar procesos sugestivos para aprender a vivir, por encima de los históricos problemas que les han acaecido en el transcurrir de su existencia, siendo en la actualidad el asunto ecológico.

Sin embargo, sus potencialidades en la materia son: que han estado insertos en cierta simbiosis con la naturaleza, por lo que no ubican su relación con ésta en términos de competencia, y por ello, pueden concebir la educación para la sustentabilidad como el repunte de una tarea moral para estar unidos dentro de una comunidad viviente.

Entonces, su expectativa puede no intentar abolir los desequilibrios ecológicos, sino incorporar, asimilar, entender y convivir sin otorgarse la autoridad relacionante; en cambio, vivir una mayor proximidad desde una apertura de cuerpo y mente. Esto, considerando que aún pueden generar mayor experiencia y entendimiento desde sus propias culturas para actualizar una comprensión terrenal, donde plantas, animales y fenómenos naturales, enseñan y alertan, de modo que no son sólo objetos a manipular para un arreglo ecológico. Por consiguiente, una educación ambiental desde la comunidad debe conducir a sus miembros a una mayor responsabilidad de relacionamiento con la tierra: sin voracidades, maltratos, discriminación ni persecución de las otras formas de vida.

Otra posibilidad es que el compromiso ecológico enriquezca la participación comunitaria, donde el papel de sus sabios, sea comunicar una mayor concordia con la naturaleza. Ellos ya desde su papel de curanderos han estado al cuidado, no sólo de la salud física humana, sino también de la tierra, el agua, el aire y la luz (fuego), unida a prácticas de armonización y rituales propiciatorios para curar a toda la comunidad, sus campos de cultivo, aguas, montes y animales; pudiendo entonces reiterar algunos aspectos de ese cuidado de la tierra.

Los curanderos o chamanes, como guías responsables de la salud comunitaria, fomentan la expectativa de aprender a dialogar con la necesidad, y no solo a liberarla. Esto, porque reconocen que la vida fluye entre todos los seres vivos, y “Las plantas están dispuestas a transferir su vida a la nuestra”, dice Ariel Guzik, pero además, reconocer que todas las formas de vida se manifiestan con fragilidad en el planeta, y lo que al hombre le pasa es similar a lo que le está aconteciendo a todo el planeta, dice Ariel; y continúa diciendo que en la actualidad le aqueja un mayor desequilibrio en salud: enfermedades cada vez más incurables. Entonces, debemos aprender con nuestro cuerpo, a partir de un entendimiento, para trasladar dicho marco de padecimientos a otros seres vivos y al planeta entero; que es diferente de aprender mecánicamente y con preámbulo teórico. De allí la diferencia entre llegar a ser sabios o llegar a ser necios tecnológicos.

La tierra también tiene que pasar por un proceso como “paciente”, lo que implica una forma de entendimiento en el que se genera “conocimiento” para la salud eco-sistémica, como acontece a todo enfermo. Entonces, si ahora buscamos tratamiento naturista para nuestro cuerpo, tendremos que admitir el auto-tratamiento naturista de los ecosistemas, cuyos padecimientos son provocados por saturaciones del quehacer antropogénico. Entonces, más allá de la sustentabilidad, lo esperado es que lograr modos de vida transcurriendo con alegría, significado, solvencia y trascendencia, donde la educación ambiental compatibilice lo que pueda ofrecer sin imponer sus cosmovisiones y paradigmas.

Referencias

Lyotard, J.-F. (1991). La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Buenos Aires, Argentina: Red Editorial Iberoamericana, S.A.

Phil Lane, Jr., Judie Bopp, Lee Brwn. (2003). El árbol sagrado. Twin Lakes, Wisconsin, U.S.A.: Lotus Press.

SEMARNAT. (2006). Estrategia de educación ambiental para la sustentabilidad en México. México, D.F.: SEMARNAT.

Terrón, A. E. (2008). La construcción de sentido y significado de la educación ambiental desde sus actores. En F. R. Mercado, Educación Ambiental para la sustentabilidad en México. Aproximaciones conceptuales, metodológicas y prácticas (págs. 56-65). Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: UNICACH.
Referentes de revistas electrónicas

Cortez, D. (2011). La construcción social del "buen Vivir" (Sumak Kawsay) en Ecuador. Genealogía del diseño y gestión política de la vida. Aportes Andinos No. 28, en: <http://hdl.handle.net/10644/2788>.
Informantes Directos

Ariel Guzik. Creador de artes sonoras, ecologista y curandero de la Ciudad de México. Reflexiones tomadas del curso: “La Mirada y el cuerpo. Re entendimiento y apropiación de la salud”. Celebrado en la Cd. de México, D.F., los días 21 y 22 de Marzo de 2015.

Álvaro Hernández Martínez. Antropólogo indígena nahuatlaca de la Huasteca veracruzana, profesor de la Universidad Veracruzana Intercultural, Campus Huasteca. Diálogos del 10 de Febrero de 2015.